

ISAÍAS Y EZEQUIEL

Juan F. Bendfeldt

Resulta difícil hoy en día enmarcar la conducta de los gobiernos dentro de un esquema que permita al hombre común ser el juez de sus gobernantes. Hay tantas teorías, cuyo solo lenguaje requiere de un especialista para penetrar en sus tinieblas, que complican el análisis hasta para los propios gobernantes. Ya el sentido común parece no tener lugar en un ambiente lleno de doctos, Ingenieros Sociales que suenan profundos y llenos de sabiduría. ¿Será que la naturaleza del hombre ha cambiado tanto a través de los siglos que los gobiernos de hoy son distintos de los de antaño? O, ¿será que lo que ha pasado es que los Ingenieros Sociales de hoy han ocultado tan bien la relación entre los actos del gobierno y sus consecuencias, que ya nadie la percibe?

El abuso del poder es tan antiguo como la historia, pero es tan censurable hoy como lo fue en la antigüedad. Sin embargo, los que se atreven a señalarlo no son populares, ni con los gobernantes ni con muchos de sus conciudadanos, quienes participan de los beneficios y privilegios que han obtenido por intermedio del gobierno.

Tal fue el caso de los Profetas Isaías y Ezequiel. Estos hombres, cuya trayectoria conocemos por los relatos bíblicos, hablaron a Israel y Judea haciendo señalamientos sobre la conducta inmoral del pueblo y de sus gobernantes del momento. Hay hoy en día demasiado énfasis en dar interpretaciones abstractas y espirituales a las escrituras, olvidando el significado de la letra muerta en su contexto real, dentro de una época y una sociedad. El mensaje de los profetas dirigidos a los reyes, en su calidad de líderes de una nacionalidad, fue lo que provocó su antagonismo con el gobierno. Las severas críticas que hicieron de la situación que los rodeaba abarcaron aspectos políticos, religiosos, morales, económicos y de justicia.

Isaías hizo toda una serie de señalamientos de conducta impropia, tanto para que los individuos recapacitaran, como para que los reyes corrigieran las transgresiones del gobierno y dieran el ejemplo. La advertencia: ¡Si el pueblo continúa en su desafío a la Ley, será conquistado, sometido y esclavizado! Isaías nos cuenta que las ciudades, otrora modelo de conducta justa, estaban infestadas de asesinos. Los reyes se hallaban en contubernio con los ladrones, en busca de mordidas. Los jueces corrompían la justicia. El versículo 22, del capítulo 1 nos dice: «*Tu plata se ha tornado escorias, tu vino mezclado está con agua*». Si bien los primeros señalamientos son claros, ¿a qué se refiere lo de la plata y el vino?

Los metales preciosos, entonces al igual que hoy, se consideraban recursos valiosos; pero no solo eso. No hay ninguna duda de que el profeta estaba acusándolos de la adulteración del DINERO.

El agua en el vino se refiere a algo similar: la adulteración de la calidad, o de otro modo, la alteración de una unidad de otra medida de uso común para intercambiar. La preocupación por la honestidad en los pesos y medidas es un tema constante de la ley del Antiguo

Testamento. Es así que en Proverbios (16:11) se hace la relación entre el diseño divino y las unidades de pesos y medidas, y el dinero: «*Las pesas y la balanza son emblemas de la justicia del Señor; obra suya son las pesas de la bolsa, no del comerciante*».

En aquella época no existían aún monedas acuñadas. Se usaban unidades de medida para pesar el oro y la plata, fundiendo pequeños lingotes o barras. El oro y la plata debían ser puros. El dinero solo podía adulterarse falseando la unidad de medida, o agregando metales como cobre, estaño, o bronce. Para facilitar el intercambio se empezaron a acuñar monedas de determinada pureza, y determinado peso. Cualquiera podía hacer monedas, el mercado determinaba su aceptación o rechazo. Pero con la excusa de que alguien se podía aprovechar, los reyes se apropiaron del monopolio de la acuñación de moneda. Y así, los pueblos perdieron la libertad de rechazar la moneda mala. Con el tiempo pasó lo que podía pasar. Al implantarse las monedas de curso legal, solo los gobiernos podían alterar el contenido o tamaño de las monedas, lo que desde entonces han venido haciendo. Los impuestos siempre han sido impopulares; y es más fácil fabricar más monedas, aunque cada vez tengan menos oro y menos plata.

Esta adulteración llegó al extremo que ya no habían suficientes metales para que le dieran valor a cada moneda. Entonces surgió el «papel moneda». Este artificio al principio se hizo con la excusa de facilitar las transacciones, ya que las monedas de metal habían perdido tanto valor que para las compras más pequeñas se necesitaban bolsas enteras. Las billetes antiguos eran «vales» que decían «Yo valgo tantas onzas de oro», de esa cuenta muchos billetes siguieron llamándose «pesos». Pero el monopolio se acrecentó. Los «vales» los daban los bancos privados que guardaban el *oro* de los ciudadanos. Por lo tanto, los bancos sólo podían prestar hasta el mismo número de billetes que representaba el *oro* que tenían guardado. El problema lo tenían los gobiernos, que cuando no les alcanzaban los impuestos que recaudaban, tenían que pedir préstamos a los bancos. Cuando les negaron los préstamos porque ya no había más oro, el gobierno decidió «guardar» todo el oro, y tener el monopolio de la emisión de «vales». A eso se refiere la frase ya popularizada de «la maquineta de hacer billetes». Y la historia continuó... Los gobiernos perfeccionaron el invento: establecieron un banco propio que llamaron Banco Central, en donde guardaron el oro y la maquineta. Cada vez que no les alcanzan los impuestos, se otorgan un préstamo a sí mismos, que no es ni más ni menos que lo que en tiempos de Isaías se conocía como corromper la plata, y que desde entonces se llama INFLACIÓN.

Si un individuo fabrica sus propias monedas con menos metal precioso, era falsificación, al igual que sería hoy el que imprimiera sus propios billetes; probablemente sería perseguido y castigado. Pero, desde el punto de vista moral, ¿hay diferencia entre si lo hace un individuo o los reyes de hoy? La defraudación pública que hace el gobierno a sus ciudadanos, gastando más dinero del que recauda, a través de la emisión monetaria, es inmoral. Constituye una falta tan grave como el mentir y el robar, ya que es ambos.

El profeta Ezequiel (22:20-22) nos habla de las consecuencias de la inflación:

20 «Como quien junta plata y metal y hierro y plomo y estaño en medio del horno, para encender fuego en él para fundir; así os juntaré en mi furor y en mi ira, y hará reposar, y os fundiré». 21 «Yo os juntaré y soplaré sobre vosotros en el fuego de mi furor, y en medio de

él seréis fundidos». 22 «Cómo se funde la plata en medio del horno, así seréis fundidos en medio de él; y sabréis que yo Jehová habré derramado mi enojo sobre vosotros».

La nación que permite que la inflación monetaria persista, como si no fuera un mal terrible e inmoral, sufrirá las consecuencias descritas por Isaías y Ezequiel.